

Jacques Lacan

**Seminario 9
1961-1962**

LA IDENTIFICACIÓN

(Versión Crítica)

16

Miércoles 4 de ABRIL de 1962¹

Los que por diversas razones, personales o no, se distinguieron por su ausencia en esa reunión de la Sociedad que se llama *provincial*,² van a sentirse afectados por un pequeño aparte, pues por el momento es a los demás que voy a dirigirme, en tanto que estoy con ellos obligado, por una agradable obligación. Quizá tuvieron la sospecha de

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 9 de Jacques Lacan, *L'identification*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 16ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

² Jornadas provinciales de marzo de 1962 sobre la angustia.

esto, pues yo dije algo, en ese pequeño congreso. Eso fue para sostener la parte que tomaron, y esto en mí, debo decirlo, no iba sin recubrir cierta insatisfacción a su respecto.

A pesar de todo, es necesario filosofar un poco sobre la naturaleza de lo que se llama un *congreso*. En principio, es uno de esos tipos de encuentros donde se habla, pero donde cada uno sabe que algo de lo que diga participa de alguna indecencia, de manera que es muy natural que allí no se diga más que nada pomposas, permaneciendo cada uno, habitualmente, con los ojos puestos en conservar su papel. Esto no es completamente lo que sucede en lo que nosotros llamamos, más modestamente, nuestras *jornadas*. Pero desde hace algún tiempo todo el mundo es muy modesto. Se llama a eso *coloquio*, *encuentro*, esto no cambia nada al fondo del asunto, siguen siendo siempre unos congresos. Está la cuestión de los *rappports*.³ Me parece que este término merece que uno se detenga en él porque, en fin, es bastante raro, si lo consideramos detenidamente. ¿*Rapport* a qué, de qué, *rapport* entre qué, incluso, *rapport* contra qué?, como se dice: “el pequeño *rapporteur*”.⁴ ¿Acaso es verdaderamente eso lo que se quiere decir? Habría que ver. En todo caso, si el término *rapport* está claro cuando se dice: “el informe {*rapport*} del señor Tal sobre la situación financiera”, de todos modos no podemos decir que uno esté del todo a sus anchas para dar un sentido que deba ser análogo a un término como *informe* {*rapport*} *sobre sobre la angustia*, por ejemplo. Confiesen que es bastante curioso que se haga un informe sobre la angustia, o sobre la poesía, por otra parte, o sobre un cierto número de términos de este género. De todos modos espero que la extrañeza de la cosa se les manifieste, y específica no solamente de los congresos de psicoanalistas, sino de cierto número de otros congresos, digamos, de filósofos en general. El término *rapport*, debo decir, hace vacilar. Igualmente, hubo un tiempo en el que yo mismo no vacilaba en llamar *discurso* a lo que pudiera tener que decir en términos análogos. *Discurso sobre la causalidad psíquica*, por ejemplo.⁵ Esto parece preciosista. He vuelto a *rapport* como todo el mundo.

³ *rapport*: este término remite a una amplia gama de significados: relato, relación, vínculo, informe, etc... Se lo tendrá en cuenta en el párrafo que sigue.

⁴ informante de la policía, soplón.

De todos modos, este término, y su empleo, es apropiado para hacerles plantear la cuestión, justamente, del grado de conveniencia con el que se miden esos relatos *{rapports}* extraños con sus extraños objetos. Es muy cierto que hay cierta proporción de dichos relatos con cierto tipo constituyente de la cuestión con la cual se relacionan *{se rapportent}*: el vacío que está en el centro de mi toro, por ejemplo. Cuando se trata de la angustia o del deseo, esto es muy sensible. Lo que nos permitiría creer, comprender, que el mejor eco del significante que podamos tener del término *informe {rapport}* que se dice *científico* dado el caso, habría que tomarlo con lo que se llama también la *relación {rapport}* cuando se trata de la relación sexual *{rapport sexuel}*. Uno y otro no carecen de relación *{ne sont pas sans rapport}*⁶ con la cuestión de la que se trata, pero esto es apenas.

Es precisamente ahí que volvemos a encontrar esta dimensión del *no sin {pas sans}*, en tanto que fundatriz del punto mismo donde nos introducimos en el deseo, y en tanto que el acceso del deseo exige que el sujeto no sea sin el tener...⁷ ¿el tener qué? Esa es toda la cuestión.

Dicho de otro modo, que el acceso al deseo reside en un hecho, en ese hecho de que la codicia del ser que se dice humano tenga que deprimirse inauguralmente, para restaurarse sobre los escalones de una potencia cuya cuestión es saber la potencia *de quién*, incluso la potencia *de qué* es, pero sobre todo, esta potencia, *hacia qué* se esfuerza. Ahora bien, aquello hacia lo cual se esfuerza visiblemente, sensiblemente a través de todas las metamorfosis del deseo humano, parece que es hacia algo cada vez más sensible, más preciso, que se aprehende para nosotros como ese agujero central, esa cosa de la que hay que dar cada

⁵ En verdad, el término empleado por Lacan en ese título, para lo que pronunciara en las Jornadas Psiquiátricas de Bonneval el 28 de Septiembre de 1946, no fue el de *discours* (discurso), sino *propos* (palabras, discurso). — Cf. Jacques LACAN, «Propos sur la causalité psychique», en *Écrits*, Seuil, 1966; y versión castellana: «Acerca de la causalidad psíquica», en *Escritos I*, Siglo Veintiuno Editores.

⁶ “no carecen de relación” en lugar de una versión más literal: “no son sin relación”. Lacan introduce así el *pas sans* (no sin).

⁷ *ne soit pas sans l'avoir*: “no sea sin el tener” o “no sea sin tenerlo”.

vez más la vuelta para que se trate de ese deseo que conocemos, ese deseo humano en tanto que está cada vez más informado {*informé*}.

Ahí tienen lo que hace por lo tanto hasta cierto punto legítimo que su informe {*rapport*}, el *informe sobre la angustia* en particular del otro día, no pueda acceder a la cuestión más que por no carecer de relación {*n'être pas sans rapport*} con la cuestión. Esto de todos modos no quiere decir que el *sin* {*sans*}, si puedo decir, deba tomar demasiado el paso {*le pas*} sobre el *no* {*le pas*}, dicho de otro modo, que se crea responder un poquito demasiado fácilmente al vacío constitutivo del centro de un sujeto por demasiada indigencia en los medios de su abordaje. Y aquí me permitirán ustedes evocar el mito de la Virgen loca que, en la tradición judeo-cristiana, responde tan lindamente al de la *πενία* {*penia*}, de la miseria, en *El Banquete* de Platón.⁸ La *πενία* {*penia*} consigue su objetivo porque está en el asunto de Venus, pero esto no es forzoso: la irreflexión que simboliza dicha Virgen loca puede muy bien fallar su embarazo.

Entonces, dónde está el límite, imperdonable en este asunto...

porque, en fin, es precisamente de eso que se trata: es del estilo de lo que puede comunicarse, en cierto modo de comunicación que tratamos de definir, el que me fuerza a volver sobre la angustia aquí, no para retomar ni dar la lección a los que hablaron de ella, no sin desfallecimiento,

... límite evidentemente buscado, a partir del cual se puede reprochar a los congresos en general por sus resultados. ¿Dónde hay que buscarlo?

Puesto que hablamos de algo que nos permite captar su vacío, cuando de trata por ejemplo de hablar del deseo, ¿acaso vamos a *buscarlo en esa suerte de pecado en el deseo, en no sé qué fuego de la pa-

⁸ PLATÓN, *El Banquete*. Cf. también el comentario de este mito, cuya única fuente es Platón, en Jacques LACAN, Seminario 8, *La transferencia en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas*, 1960-1961, *Versión Crítica* de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, sesión del 16 de Enero de 1961.

sión?*⁹ ¿De la pasión de la verdad, por ejemplo, que es el modo bajo el cual podríamos destacar muy bien, por ejemplo, cierta manera de conducirse, cierto estilo: la actitud universitaria, por ejemplo? Esto sería demasiado cómodo, eso sería demasiado fácil. Seguramente, no llegaré a parodiar aquí el rugido famoso del vómito del Eterno ante una tibieza cualquiera: cierto calor desemboca también muy bien, eso se sabe, en la esterilidad. Y en verdad nuestra moral, una *moral*¹⁰ que ya se sostiene muy bien, la moral cristiana, dice que no hay más que un único pecado: el pecado contra el Espíritu.

¡Y bien! nosotros, diremos que no hay pecado contra el deseo, como tampoco hay temor de la *aphanisis*, en el sentido en que la entiende el señor Jones. No podemos decir sino que en ningún caso podamos reprocharnos no desear bastante bien. No hay más que una cosa, y no podemos nada al respecto, no hay más que una cosa a temer, es esa torpeza para reconocer la curva propia del recorrido de ese ser infinitamente plano cuya propulsión les demuestro necesaria sobre este objeto cerrado que yo llamo aquí el toro, que no es, a decir verdad, más que la forma más inocente que dicha curvatura pueda tomar, puesto que en tal otra forma, que no es menos posible ni menos extendida, es en la estructura misma de estas formas, en las que yo los introduje un poco la última vez, que el sujeto, desplazándose, se encuentra con su izquierda situada a la derecha, y esto sin saber cómo ha podido suceder eso, cómo se produjo.

Esto, a este respecto, todos los que aquí me escuchan no tienen privilegio a este respecto; hasta cierto punto diré que yo tampoco: eso puede sucederme como a los demás. La única diferencia entre ellos y yo hasta el presente, me parece, no residía más que en el trabajo que yo pongo en ello, en tanto que doy al respecto un poquito más que ellos.

⁹ *p ej para hablar del deseo se evitará el registro “fuego de la pasión”* / *¿Pecado contra el deseo? No lo hay* / *en ese pecado contra el deseo, contra el fuego de la pasión* / *buscarlo en esa suerte de pecado en el deseo, contra no sé qué fuego de la pasión*

¹⁰ *moralidad*

Puedo decir que en un cierto número de cosas que han sido propuestas, sobre un tema que sin duda no he abordado: la angustia...

no es esto lo que me decide a anunciarles que éste será el tema de mi seminario del año próximo, si es que el siglo nos permite que haya uno más.

... sobre este tema de la angustia, he oído muchas cosas extrañas, algunas cosas aventuradas, no todas erróneas y que no habré de retomar, dirigiéndome especialmente a tal o cual, una por una. Me parece sin embargo que lo que se reveló ahí como cierta debilidad era precisamente la de **un centro**¹¹, y de ningún modo de una naturaleza como para recubrir lo que yo llamo *el vacío del centro*.

De todos modos, algunas palabras de mi último seminario hubiesen debido, sobre los puntos más vivos, ponerlos en guardia, y es por eso que me parece también legítimo abordar la cuestión por este sesgo hoy, puesto que se encadena exactamente con el discurso de hace una semana.

De todos modos no es por nada que he puesto allí el acento, que he recordado la distancia que separa, en nuestras coordenadas fundamentales — aquellas donde deben insertarse nuestros teoremas sobre la identificación este año — sobre la distancia que separa al Otro de la Cosa, ni tampoco que en términos apropiados creí tener que puntualizarles la relación de la angustia con el deseo del Otro. A falta verdaderamente de partir de ahí, de aferrarse a eso como en una suerte de puño cerrado, y para no tener que dar vueltas alrededor por no sé qué pudor... pues verdaderamente en algunos momentos, diría casi todo el tiempo, y hasta en esos informes de los que he hablado,¹² por no sé qué, que se sostiene de esa suerte de falta que no es la buena, hasta en esos informes, a pesar de todo, ustedes pueden connotar al margen ese no sé qué que era siempre la convergencia, imponiéndose con una especie de orientación de aguja de brújula, que el único término que podía dar una unidad a esa suerte de movimiento de oscilación alrede-

¹¹ {*un centre*} / **un sin {un sans}**

¹² Nuevamente la polisemia de *rapport*: “relación”, “informe”, “relato”...

dor del cual la cuestión temblaba, era este término: la *relación de la angustia con el deseo del Otro*.

Y es esto lo que yo quisiera...

porque sería falso, vano, pero no sin riesgo, no señalar aquí algo al pasar que pueda ser como un germen ahí, *para pescar al respecto*¹³ todo lo que se ha dicho sin duda de interesante, a medida que pasaban las horas de esa pequeña reunión en la que algunas cosas cada vez más acentuadas llegaban a enunciarse,

... para que esto no se disipe, para que esto se empalme con nuestro trabajo, permítanme intentar aquí muy masivamente, como al margen y casi por anticipado, pero no también sin una pertinencia de puntos exactos, en el punto al que habíamos llegado, puntualizar un cierto número de señalamientos primeros.

Esto es referencia que no debería faltarles en ningún momento: Si el hecho de que el goce, en tanto que goce de la Cosa, está prohibido {*interdite*} en su acceso fundamental, si eso es lo que les he dicho durante todo el año del seminario sobre la ética,¹⁴ si es en esa suspensión, en el hecho de que está, este goce, *aufgehoben*, suspendido, propiamente que reside el plano de apoyo donde va a constituirse como tal y a sostenerse el deseo — eso es verdaderamente la aproximación más lejana de lo que todo el mundo puede decir — ustedes no ven que podemos formular que el Otro, ese Otro en tanto que a la vez se postula ser y que no es, que es a ser, el Otro aquí, cuando nos adelantamos hacia el deseo, vemos bien que en tanto que su soporte es el significante puro, el significante de la ley, que el Otro se presenta aquí como metáfora de esta interdicción. Decir que el Otro es la ley o que es el goce en tanto que interdicto, es lo mismo.

Entonces, alerta con aquél, que por otra parte no está aquí hoy, que, de la angustia, ha hecho el soporte y el signo y el espasmo del goce de un *sí* {*soi*} identificado, identificado exactamente como si él no fuera mi alumno, con ese fondo inefable de la pulsión como algún co-

¹³ {*pour en pêcher*} / *para impedir {*pour empêcher*}*

¹⁴ Jacques LACAN, Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, 1959-1960.

razón, algún centro del ser, ¡justamente donde no hay nada! Ahora bien, todo lo que yo les enseño sobre la pulsión, es justamente que ésta no se confunde con ese *sí* mítico, que no tiene nada que ver con lo que se hace con eso en una perspectiva jungiana.

Evidentemente, no es común decir que la angustia es el goce de lo que se podría llamar el último fondo de su propio inconsciente. Es para esto que sostenía ese discurso. No es común, y no es porque no es común que es verdadero. Es un extremo al cual uno puede ser llevado cuando se está en cierto error que reposa enteramente sobre la elisión de esta relación del Otro con la Cosa en tanto que antinómica. El Otro es a ser, por lo tanto no es. De todos modos tiene alguna realidad, sin esto yo no podría ni siquiera definirlo como el lugar donde se despliega la cadena significante. El único Otro real, puesto que no hay ningún Otro del Otro, nada que garantice la verdad de la ley, el único Otro real siendo aquello de lo que se podría gozar sin la ley. Esta virtualidad define al Otro como lugar. La Cosa en suma, elidida, reducida a su lugar, he ahí el Otro {*Autre*} con una A mayúscula.

Y voy a continuación muy rápido sobre lo que tengo que decir a propósito de la angustia. Esto pasa, se los he anunciado, por el deseo del Otro. Entonces, es ahí que hemos llegado, con nuestro toro, es ahí que tenemos que definirlo, paso a paso. Es ahí que haré un primer recorrido, un poco rápido... eso nunca es malo, puesto que se puede volver atrás.

Primera aproximación: ¿vamos a decir que esa relación que yo articulo al decir que el deseo del hombre es el deseo del Otro?... lo que desde luego pretende decir algo, pero ahora lo que está en cuestión, lo que ya eso introduce, es que evidentemente *yo digo algo muy diferente que decir que el deseo x del sujeto *ego* es la relación con el deseo del Otro, que estaría, por relación al deseo del Otro, en una relación de *Beschränkung*, de limitación,*¹⁵ que vendría a configurarse en un simple campo de espacio vital o no, concebido como homogéneo, que

¹⁵ *es decir α cosa que decir que el d del S estaría con del d del α en 1 relación de limitación* / *yo digo algo muy diferente que: el d x del sujeto estaría por relación al d del otro en una relación de *Beschränkung** / *yo digo otra cosa que: el deseo X del sujeto [...]*/ *[...] digo algo muy diferente. Digo que el deseo x del sujeto [...]*

vendría a limitarse por su choque. Imagen fundamental de todo tipo de pensamientos cuando se especula sobre los efectos de una conjunción psico-sociológica. La relación del *sujeto... del deseo del sujeto con el deseo del Otro*¹⁶ no tiene nada que ver con nada que sea intuitivamente soportable de ese registro.

Un primer paso sería adelantar que si *medida* quiere decir *medida de magnitud*, no hay entre ellos común medida. Y nada más que al decir eso, nos reunimos con la experiencia. ¿Quién ha encontrado jamás una común medida entre su deseo y cualquiera con quien se las vea como deseo? Si uno no pone eso al principio en toda *ciencia de la experiencia* — cuando se tiene el título de Hegel, el verdadero título de la *Fenomenología del espíritu*¹⁷ — uno puede permitirse todo, ¡hasta las prédicas delirantes sobre los beneficios de la genitalidad! Es eso y ninguna otra cosa lo que quiere decir mi introducción del símbolo $\sqrt{-1}$: es algo destinado a sugerirles que $(\sqrt{-1} \times \sqrt{-1})$, el producto de mi deseo por el deseo del Otro, eso no da ni puede dar más que una falta *{manque}*: (-1), el faltar *{le défaut}* del sujeto en ese punto preciso. Resultado: el producto de un deseo por el otro no puede ser más que esta falta, y es de ahí que hay partir para sostener algo. Esto quiere decir que no puede haber ningún acuerdo, ningún contrato en el plano del deseo; que de lo que se trata, en esta identificación del deseo del hombre al deseo del Otro, es lo siguiente, que les mostraré en un juego manifiesto: haciendo jugar para ustedes a las marionetas del fantasma en tanto que ellas son el soporte, el único soporte posible de lo que puede ser en el sentido propio una realización del deseo.

Y bien, cuando hayamos llegado a eso...

ustedes pueden a pesar de todo verlo ya indicado en mil referencias: las referencias a Sade, para tomar las más cercanas; el

¹⁶ *la relación del deseo del sujeto con el deseo del otro* / *la relación del sujeto con el deseo del otro* / *la relación del deseo del sujeto, del sujeto con el deseo del Otro*

¹⁷ El primer título era: *Wissenschaft der Erfahrung des Bewußtsein*.

fantasma *un niño es pegado*,¹⁸ para tomar uno de los sesgos primeros con los cuales comencé a introducir este juego,¹⁹

... lo que mostraré, es que la realización del deseo significa, en el acto mismo de esta realización, no puede significar más que ser el instrumento, que servir al deseo del Otro, quien no es el objeto que ustedes tienen en frente en el acto, sino un otro que está detrás.

Se trata ahí del término posible en la realización del fantasma. No es más que un término posible, y antes de haberse hecho ustedes mismos el instrumento de este Otro situado en un hiperespacio, ustedes verdaderamente tienen que vérselas con deseos, con deseos reales. El deseo existe, está constituido, se pasea a través del mundo, y ejerce sus estragos antes de toda tentativa de vuestras imaginaciones, eróticas o no, para realizarlo, e incluso, no está excluido que ustedes lo encuentren como tal, al deseo del Otro, del Otro real tal como lo he definido recién. Es en ese punto que nace la angustia.

La angustia, es sencillo entenderlo. Es increíble que en ningún momento haya visto yo ni siquiera el esbozo de esto, que en algunos momentos parecía, como se dice, ser un juego del Gran Bonete, que es tan simple. Se ha ido a buscar la angustia, y más exactamente lo que es más original que la angustia: la preangustia, la angustia traumática. Nadie ha hablado de esto: *la angustia, es la sensación del deseo del Otro*. Sólo que, desde luego, como cada vez que alguien adelanta una fórmula nueva, no sé lo que sucede, las precedentes van directamente al fondo de vuestros bolsillos o no salen más de ahí. Es preciso a pesar de todo que yo figure eso, disculpen, e incluso groseramente, para hacer sentir lo que quiero decir, librado tras esto a que ustedes traten de servirse de esto... y esto puede servir en todos los sitios donde hay angustia.

¹⁸ Sigmund FREUD, «“Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales» (1919), en *Obras Completas*, Volumen 17, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

¹⁹ Jacques LACAN, Seminario 4, *La relación de objeto y las estructuras freudianas*, 1956-1957, sesión del 16 de Enero de 1957.

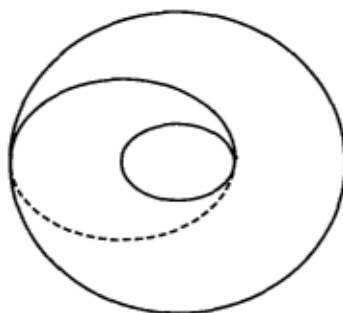
Pequeño apólogo, que no es quizá el mejor... La verdad, es que lo he fabricado esta mañana, diciéndome que era preciso que yo trate de hacerme comprender. Habitualmente me hago comprender de costado, lo que no está tan mal: ¡eso les evita engañarse en el lugar correcto! Ahora, voy a tratar de hacerme comprender en el lugar correcto y evitarles cometer error.

Supónganme en un recinto cerrado, solo con una mantis religiosa de tres metros de altura. Es la proporción correcta para que yo tenga la talla del macho de esa especie. Además, estoy revestido con una piel con la talla de dicho macho, que mide 1 metro 75, más o menos la mía. Me miro, miro mi imagen así disfrazada en el ojo facetado de dicha mantis religiosa. ¿Acaso es eso la angustia? Eso está muy cerca de la misma.

Sin embargo, al decirles que es la sensación del deseo del Otro, esta definición se manifiesta como lo que ella es, a saber, puramente introductoria. Es preciso evidentemente referirlos a ustedes a mi estructura del sujeto, es decir conocer todo el discurso antecedente, para comprender que si es del Otro {*Autre*} con una A mayúscula que se trata, no puedo contentarme con no ir más adelante, para no representar en el asunto más que esta pequeña imagen de mí {*moi*} como mantis macho en el ojo facetado del otro. Se trata, hablando con propiedad, de la aprehensión pura del deseo del Otro como tal, si justamente desconozco ¿qué? mis insignias, a saber que yo {*moi*}, estoy disfrazado con la piel del macho. No sé lo que soy como objeto para el Otro.

La angustia, se dice, es un afecto sin objeto, pero esta falta de objeto {*manque d'objet*}, hay que saber dónde está: está de mi lado. El afecto de angustia está en efecto connotado por una ausencia de objeto {*défaut d'objet*}, pero no por una ausencia de realidad {*défaut de réalité*}. Si yo no me sé más objeto eventual de ese deseo del Otro, este Otro que está en frente de mí, su figura me es enteramente misteriosa, en la medida sobre todo en que esta forma como tal que yo tengo ante mí no puede en efecto estar tampoco constituida para mí en objeto, pero donde de todos modos puedo sentir un modo de sensaciones que conforman toda la sustancia de lo que se llama la *angustia*, de esa opresión indecible por donde llegamos a la dimensión misma del lugar del Otro en tanto que allí puede aparecer el deseo. Es esto la angustia. No es más que a partir de ahí que ustedes pueden comprender los di-

versos sesgos que toma el neurótico para arreglárselas, en esa relación con el deseo del Otro.



Entonces, en el punto al que hemos llegado, este deseo, se los he mostrado la última vez como incluido ante todo necesariamente en la demanda del Otro. Aquí, por otra parte, ¿qué es lo que ustedes encuentran como verdad primera, si no es lo común de la experiencia cotidiana? Lo que es angustiante, casi para cualquiera, no solamente para los niños pequeños sino para los niños pequeños que somos todos, es, en alguna demanda, lo que puede precisamente ocultarse de esa x , de esa x impenetrable y angustiante por excelencia del *¿qué es lo que él puede a este respecto querer?*

Lo que la configuración aquí demanda, ustedes lo ven bien, es un *medium* entre demanda y deseo. Este *medium*, tiene un nombre: eso se llama el *falo*. La función fálica, eso no tiene absolutamente otro sentido que ser lo que da la medida de este campo a definir, en el interior de la demanda, como el campo del deseo. Y también, si se quiere, que todo lo que nos cuenta la teoría analítica, la doctrina freudiana, en la materia, consiste justamente en decirnos que es ahí al fin de cuentas que todo se arregla.

Yo no conozco el deseo del Otro: angustia, pero conozco su instrumento: el falo, y quien que yo sea, hombre o mujer, me veo requerido a pasar por ahí y a no hacer historias; lo que se llama, en lenguaje corriente, *seguir los principios de papá*. Y como cualquiera sabe que desde hace algún tiempo papá no tiene más principio, es con esto que comienzan todas las desdichas. Pero en tanto que papá esté ahí...

en tanto que es el centro alrededor del cual se organiza la transferencia de lo que es en esta materia la unidad de intercambio, a saber $\frac{1}{\phi}$, quiero decir la unidad que se instauro, que deviene la base y el principio de todo sostén, de todo fundamento, de toda articulación del campo del deseo,

... y bien, las cosas pueden andar; ellas estarán exactamente tendidas entre el μη φυναι {*me finai*}: *¡pudiera él no haberme engendrado nunca!* en el límite, y lo que se denomina la *baraka* en la tradición semita, e incluso bíblica, hablando con propiedad, a saber lo contrario: lo que me hace la prolongación viva, activa, de la ley del padre, del padre como origen de todo lo que va a transmitirse como deseo.

La angustia de castración, por lo tanto, ustedes van a ver aquí que ella tiene dos sentidos y dos niveles. Pues, si el falo es este elemento de mediación que da al deseo su soporte, y bien, la mujer no es la que recibió la peor parte en este asunto, porque después de todo, para ella es muy simple: puesto que ella no lo tiene, no tiene más que desearlo, y a fe mía, en los casos más afortunados, ésta es en efecto una situación a la que ella se acomoda muy bien. Toda la dialéctica del complejo de castración, en tanto que para ella ésta introduce el Edipo, nos dice Freud, no quiere decir otra cosa. Gracias a la estructura misma del deseo humano, la vía para ella necesita menos rodeos, la vía normal, que para el hombre.

Pues para el hombre, para que su falo pueda servir para este fundamento del campo del deseo, ¿va a ser preciso que lo demande para tenerlo? De lo que se trata, es precisamente de algo así, a nivel del complejo de castración: es de un pasaje transicional de lo que, en él, es el soporte natural, vuelto a medias extraño, vacilante, del deseo, el pasaje transicional a través de esa habilitación por la ley; en lo cual ese pedazo, esa libra de carne, va a convertirse en la prenda, en algo por donde él va a designarse en el lugar donde tiene que manifestarse como deseo, en el interior del círculo de la demanda.

Esta preservación necesaria del campo de la demanda que “humaniza” por medio de la ley el modo de relación del deseo con su objeto, he ahí lo que está en juego en este punto y lo que hace que el peligro para el sujeto es, no — como se lo dice en *toda esta desvia-

ción*²⁰ que hacemos desde hace años, por tratar de obstaculizar el análisis — que el peligro para el sujeto no es de ningún abandono por parte del Otro, sino de su abandono de sujeto a la demanda. Pues en tanto que él vive, que él desarrolla la constitución de su relación con el falo estrechamente en el campo de la demanda, es ahí que esta demanda no tiene, para hablar con propiedad, término, pues el falo — aunque sea preciso, para introducir, para instaurar este campo del deseo, que sea demandado — como ustedes lo saben, no está hablando propiamente en el poder del Otro hacer de él un don sobre *este*²¹ plano de la demanda.

Es en la medida en que la terapéutica no llega a resolver mejor de lo que lo ha hecho la terminación del análisis, no llega a hacerlo salir del círculo propio de la demanda, que choca, que termina al final sobre esa forma reivindicatoria, sobre esa forma insaciable, *unendliche*, que Freud en su último artículo, *El análisis terminado e interminable*,²² *designa*²³ como angustia no resuelta de la castración en el hombre, como *Penisneid* en la mujer. Pero una justa posición, una posición correcta de la función de la demanda en la eficiencia analítica y de la manera de dirigirla podría quizá permitirnos, si no tuviéramos al respecto tanto retardo, un retardo ya suficientemente designado por el hecho de que manifiestamente no es más que en los casos más raros que llegamos a chocar con ese término señalado por Freud como punto de detención de su propia experiencia... ¡Ojalá que lleguemos con la nuestra ahí, incluso si es un impase! Eso probaría ya, al menos, hasta dónde podemos llegar, mientras que de lo que se trata es de saber efectivamente si llegar hasta ahí nos lleva a un impase o si además se puede pasar.

¿Es preciso que antes de dejarlos les indique algunos de esos puntitos que les darán satisfacción, para mostrarles que estamos en el lugar conveniente, al referirnos a algo que esté en nuestra experiencia

²⁰ *todas estas desviaciones*

²¹ *el*

²² Sigmund FREUD, «Análisis terminable e interminable» (1937), en *Obras Completas*, Volumen 23, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980.

²³ *signa*

del neurótico? ¿Qué es lo que hace, por ejemplo, la histérica o la neurosis obsesiva en el registro que acabamos de tratar de construir? ¿Qué es lo que hacen uno y otro en este sitio del deseo del Otro como tal? Antes de que hayamos caído en su trampa al incitarlos a jugar todo el juego sobre el plano de la demanda, al imaginarnos — lo que por otra parte no es una imaginación absurda — que llegaremos en el límite a definir el campo fálico como la intersección de dos frustraciones, ¿qué es lo que ellos hacen espontáneamente?

La histérica, es muy simple — el obsesivo también, pero esto es menos evidente — la histérica no tiene necesidad de haber asistido a nuestro seminario para saber que el deseo del hombre es el deseo del Otro, y que por consiguiente el Otro puede perfectamente, en esta función del deseo, a ella, la histérica, suplirla. La histérica vive su relación con el objeto fomentando el deseo del Otro {*Autre*} — con una *A* mayúscula — por este objeto. Refiéranse al caso Dora.²⁴ Pienso haber articulado esto suficientemente a lo largo y a lo ancho como para no tener necesidad incluso aquí de recordarlo. Apelo simplemente a la experiencia de cada uno, y a las operaciones que se dicen de *intrigante refinada* que ustedes pueden ver desarrollarse en todo comportamiento de histérica, que consiste en sustentar en su entorno inmediato *el amor de tal por tal otra que es su amiga*²⁵ y verdadero objeto último de su deseo; quedando desde luego la ambigüedad siempre profunda en cuanto a saber si la situación no debe ser comprendida en el sentido inverso. ¿Por qué? Es lo que seguramente ustedes podrán, en la continuación de mi discurso, ver como perfectamente calculable por el sólo hecho de la función del falo que puede siempre pasar aquí de uno al otro de los dos *partenaires* de la histérica. Pero nosotros volveremos sobre esto en detalle.

¿Y qué es lo que hace verdaderamente el obsesivo en lo que concierne, hablo directamente, a su asunto con el deseo del Otro? Es más astuto, puesto que también este campo del deseo está constituido por la demanda paterna, en tanto es ella la que preserva, la que define

²⁴ Sigmund FREUD, *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905 [1901]), en *Obras Completas*, Volumen 7, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1978.

²⁵ *[...] tal {*telle*} (?) [...] amiga (?)* / *el amor de tal {*tel*} por tal otro que es su amigo*

el campo del deseo como tal al prohibirlo. ¡Y bien, *que entonces él mismo se las arregle! El que está encargado de sostener el deseo respecto del objeto en la neurosis obsesiva, es el muerto.*²⁶ El sujeto tiene el falo, puede incluso dado el caso exhibirlo, pero es al muerto a quien se le solicita que se sirva de él. No es por nada que he puntualizado [, en] la historia del Hombre de las Ratas, la hora nocturna en que, tras haberse contemplado largamente en erección en el espejo, va a la puerta de entrada a abrir al espectro de su padre, a solicitarle que constate que todo está listo para el supremo acto narcisista que es para el obsesivo este deseo.²⁷

Excepto, no se sorprendan, que con tales medios la angustia no aflore más que cada tanto, que no esté ahí todo el tiempo, que esté incluso mucho más y mucho mejor apartada en la histérica que en el obsesivo, siendo la complacencia del Otro mucho más grande que aquella, a pesar de todo, de un muerto que es siempre difícil a pesar de todo mantener presente, si puedo decir así. Es por esto que el obsesivo, cada tanto, cada vez que no puede ser repetido hasta la saciedad todo el arreglo que le permite arreglárselas, con el deseo del Otro, ve resurgir, seguramente de una manera más o menos desbordante, el afecto de angustia.

De ahí solamente, al volver hacia atrás, ustedes pueden comprender que la historia fóbica marca un primer paso — en esta tentativa que es propiamente el modo neurótico de resolver el problema del deseo del Otro — un primer paso, digo, de la manera en que éste puede revolverse. Es un paso, como cualquiera sabe, éste, que está lejos seguramente de llegar a esta solución relativa de la relación de angustia. Muy por el contrario, no es más que de una manera totalmente

²⁶ *que entonces él mismo se las arregle, el que está encargado de sostener el deseo respecto del objeto en la neurosis obsesiva: el muerto.*

²⁷ Sigmund FREUD, *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909), en *Obras Completas*, Volumen 10, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976, cf. p. 160: “Al mismo nexo pertenecía también su rara conducta en una época en que estudiaba para rendir un examen y jugaba con esta fantasía, a que se aficionó: su padre aún vive y puede retornar en cualquier momento. En esa época arreglaba las cosas para estudiar en las horas más tardías de la noche. Entre las 12 y la 1 suspendía, abría la puerta que daba al zaguán de la casa como si el padre estuviera frente a ella, y luego, tras regresar, contemplaba en el espejo del vestíbulo su pene desnudo”.

precaria que esta angustia es dominada, ustedes lo saben, por medio de este objeto cuya ambigüedad ya nos ha sido suficientemente subrayada entre la función *a minúscula* y la función φ *minúscula*. El factor común que constituye el φ *minúscula* en todo *a minúscula* del deseo está ahí de alguna manera extraído y revelado. Es sobre esto que pondré el acento la próxima vez para volver a partir a partir de la fobia, para precisar en qué consiste exactamente esta función del falo.

¿Hoy qué ven ustedes, aproximativamente? Es que, al fin de cuentas, la solución que percibimos del problema de la relación del sujeto con el deseo, en su fondo radical se propone así: puesto que de demanda se trata y que se trata de definir el deseo, y bien, digámoslo aproximativamente: el sujeto demanda el falo y el falo desea. Es tan tonto como eso. Es de ahí al menos que hay que partir como fórmula radical para ver efectivamente *lo que, en efecto, en la experiencia se modela, se modula*²⁸ alrededor de esta relación del sujeto con el falo en tanto que, ustedes lo ven, es esencialmente de naturaleza identificatoria, y que si hay algo que efectivamente puede provocar ese surgimiento de angustia ligado al temor de una pérdida, esto es el falo. ¿Por qué no el deseo? No hay temor de la *aphanisis*, hay temor de perder el falo, porque sólo el falo puede dar su campo propio al deseo.

Pero ahora, que no se nos hable tampoco de defensa contra la angustia. Uno no se defiende contra la angustia, como tampoco hay temor de la *aphanisis*. La angustia está en el principio de las defensas, pero uno no se defiende contra la angustia.

Desde luego, si yo les digo que consagraré todo un año a este tema de la angustia, esto es decirles que no pretendo haberle dado hoy la vuelta al asunto, que esto no plantea problema.

Si la angustia — es siempre a este nivel, que les ha definido casi caricaturalmente mi pequeño apólogo, que se sitúa la angustia — si la angustia puede devenir un signo, esto es desde luego porque, transformada en signo, ella quizá no es totalmente la misma cosa que ahí donde traté de planteárselas ante todo en su punto esencial: hay también

²⁸ *de ahí ver cuánto todo se modula* / *para ver lo que en la experiencia se modula* / *lo que se hace de eso en la experiencia. Este modelo se modula*

un simulacro de la angustia. En ese nivel, desde luego, uno puede estar tentado a minimizar su alcance, en tanto que es verdaderamente sensible que si el sujeto se envía a sí mismo signos de angustia, es manifiestamente para que eso sea más alegre. Pero de todos modos no es de ahí que podemos partir para definir la función de la angustia.

Y luego, finalmente, para decir, como pretendí únicamente hacerlo hoy, algunas cosas masivas: ábranse a este pensamiento, que si Freud nos ha dicho que la angustia es una señal que pasa al nivel del yo, es preciso a pesar de todo saber que es una señal ¿para quién? no para el yo, puesto que es en el nivel del yo que se produce. Y eso también, he lamentado mucho que en nuestro último encuentro, esta simple observación, nadie haya pensado en hacerla.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

para circulación interna

**de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 16ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **JL** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra reproducida en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, falta de dibujos, sobreenotada, etc.).
- **JL2** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962. Aparentemente se trata del mismo texto-fuente que el anterior, pero vuelto a dactilografiar, casi sin notas manuscritas en los márgenes, y posiblemente corregido, probablemente por M. Chollet. Fuente fotocopiada que está en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-180/1 y CG-180/2.
- **ROU** — Jacques LACAN, *L'identification*, dit “Séminaire IX”, Prononcée à Ste. Anne en 1961-1962, Paris, Juin 1993. Por razones de índole legal, los autores de las transcripciones no se identifican a sí mismos. No obstante, esta versión se atribuye con suficientes razones a Michel Roussan, quien efectuó un notable trabajo de transcripción y aparato crítico a partir de varios textos-fuente, entre ellos dos versiones dactilográficas, dos versiones de M. Chollet, de épocas diferentes, y notas de asistentes al Seminario, como Claude Conté, Jean Laplanche, Paul Lemoine, Jean Oury e Irène Roubleff.
- **AFI** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **GAO** — Jacques LACAN, IX – *L'identification*, Version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogoa.free.fr/Seminaire.htm>